

LAS DOS EDICIONES DE *PUERTO LIMÓN*

POR

SEYMOUR MENTON

University of California, Irvine

Puerto Limón, de Joaquín Gutiérrez, la mejor novela costarricense, todavía no ha sido suficientemente reconocida dentro de la novelística hispanoamericana por una variedad de razones. Publicada en Chile en 1950, donde vivía Gutiérrez, casado con la hija del dueño de la casa editorial Nascimento, la novela apenas se conocía en Costa Rica antes de 1960, cuando surgió una polémica en San José sobre cuál era la mejor novela costarricense¹. Tampoco debe haber despertado mucho la atención en Chile, donde la introducción del entonces viejo criollista Mariano Latorre seguramente identificó la obra con las novelas de la tierra ya desprestigiadas. Latorre elogió a Gutiérrez por haber sido el primero en realizar «en forma más moderna la interpretación del hombre y del paisaje de Costa Rica»². Además, la poca distribución de los libros de Nascimento fuera de Chile impedía que se conociera la novela en el resto de la América Latina. Los pocos críticos que la incluyeron en sus panoramas de la literatura o de la novelística hispanoamericana la encasillaron entre las novelas antiimperialistas.

¹ Alberto Cañas, crítico costarricense muy conocido, afirmó en la prensa que un catedrático norteamericano (un servidor) se había equivocado rotundamente al escoger *Puerto Limón* como la mejor novela costarricense para su seminario en la Universidad. Como prueba de su alegato, afirmó que esa novela era desconocida en Costa Rica, que él mismo no la había leído y que el catedrático norteamericano debiera haber escogido cualquiera de las diez novelas que a continuación él comentó brevemente. A los quince días, Fabián Dobles, autor de una de las novelas preferidas por Cañas, contestó en la prensa ponderando los valores de *Puerto Limón* y lamentando la poca atención que había recibido esa obra de los compatriotas de Gutiérrez.

² *Puerto Limón* (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1950), p. 6.

Una segunda edición, muy revisada, no se publicó hasta 1968, en San José, por la Editorial Costa Rica, fundada en 1961. Aunque los tres mil ejemplares de esa edición deben de haber encontrado más lectores nacionales que la primera, la novela, en cuanto a su fama internacional y aún nacional, todavía sufre de su pecado original: el título. O sea, que el haberse publicado la segunda edición en 1968, en pleno auge de la nueva novela hispanoamericana, cuando Vargas Llosa denunciaba las novelas primitivas y Carlos Fuentes despreciaba las «novelas geográficas», eliminaba toda posibilidad de una reivindicación. En cambio, si *Puerto Limón* se hubiera publicado en la década de los treinta, se habría considerado una superación de la típica novela de la tierra o novela de protesta social. Es más: hay que tener en cuenta que, aun para una novela criollista, la mayor parte de los ticos que residen en el altiplano no se identifican en absoluto con la zona de la costa atlántica. El problema con el título, lo mismo que con las carátulas de las dos ediciones, es que subrayan demasiado el aspecto tropical de la novela: la naturaleza y la huelga bananera que estalló en agosto de 1934, durante la tercera y última presidencia de Ricardo Jiménez Oreamuno (1932-1936)³. En realidad, el gran logro de la novela es la fusión de los sucesos de la huelga con el desarrollo psicológico del joven protagonista Silvano. La importancia del aspecto individual de la novela se nota en el hecho de que está enmarcada por el viaje en tren de Silvano desde la capital hasta la finca bananera de su tío Héctor Rojas y su escape de Puerto Limón en un barco que va rumbo a Veracruz.

Un cotejo de las dos ediciones revela que casi todos los cambios efectuados contribuyeron a mejorar la calidad literaria de *Puerto Limón*, reforzando su lugar primordial en la novelística costarricense, lugar que todavía en 1985 no se le ha disputado. Lo que más sorprende de la segunda edición de *Puerto Limón* es el grado de los cambios que afectan la caracterización, el enfoque histórico-ideológico, la estructura y el estilo. El protagonista, Silvano, resulta menos tímido y menos miedoso en la edición de 1968. Aunque sigue acosado por la comezón de independizarse de su tío escapándose de Puerto Limón, se muestra más seguro en su trato con éste, con su prima sensual Diana y con los contrincantes de la huelga. En la escena basada en la misma pregunta de Silvano «—Tío, ¿por qué me trajo aquí?» (1950, p. 36; 1968, p. 46), las diferencias entre los dos personajes son menos tajantes en la segunda edición. Se eliminó la frase anterior, que subrayaba la timidez del joven: «le cuesta, pero por fin lo

³ Véase Eugenio Rodríguez Vega, *Los días de don Ricardo Jiménez* (San José: Editorial Costa Rica, 1971), pp. 134-137.

increpa» (1950, p. 36), y el diálogo se extiende más con un intento mutuo de mayor aproximación. Cuando Silvano dice que no quiere trabajar en la finca, en la edición de 1950, «don Héctor se yergue prepotente, con las manos hundidas bajo el cinturón, rascándose» (p. 36), y Silvano «permanece mudo... siente fermentar el rencor de la impotencia, como un vinagre, en las entrañas» (p. 36). En cambio, en la de 1968, aunque no llegue a ninguna solución, Héctor enmarca una nueva página de diálogo con las palabras: «—¿Y qué querés hacer entonces?» (p. 47) y «—¿Y cuál vida querés? Decime cuál, a ver si hay alguna manera de arreglarlo» (p. 48). El uso del voseo, en vez del tuteo de 1950, también da un tono más afectuoso a las palabras del tío. Silvano, entre tanto, pide comprensión y la demuestra para la actitud de Héctor:

—No sé, no sé. Trate de entenderme. Si me pone atención tal vez me entienda. Usted llegó aquí hace veinte años, entonces aquí no había nada, todo esto era selva virgen y pantano. Yo eso lo entiendo. Y entiendo también que para usted ésta es la vida misma. Pero para mí no. Trate de entenderme. Pero trate de veras, ¡haga el esfuerzo! (p. 47).

Sin embargo, a través de la novela, Héctor representa la fuerza que obliga a Silvano a trabajar en la finca después de terminarse la huelga. En las dos ediciones, Silvano acaba por escaparse de Limón, pero sólo después de la muerte de Héctor. En las dos ediciones, Silvano pudo haber salvado a su tío si hubiera telefonado más pronto para avisarle que la línea del tren se había desmoronado por el río crecido. En la primera edición se hace más explícita la actitud de Silvano frente a la muerte de su tío. Al usar la máquina de afeitarse de Héctor se corta la mejilla y le cuesta mucho parar la sangre. La cocinera, alborotada por la muerte de su amo, le grita a Silvano: «—¿Ahora se siente seguro?» (p. 373). Todo eso se elimina en la edición de 1968, con el resultado de que Silvano no parece tan neurasténico.

El deseo de Silvano de independizarse de su tío podría interpretarse como la dificultad que siente para identificarse con el tío muy macho, y, por tanto, su neurastenia proviene de su inseguridad sexual. En la edición de 1968, esa inseguridad parece claramente disminuida. Al llegar a la casa del tío Héctor, en Limón, Silvano se baña, lo que no hace en la de 1950. Las nuevas oraciones siguientes sirven para proyectar una imagen más positiva, más macha de Silvano:

Silvano se desinteresó, entró al baño, se desnudó y se metió bajo la ducha. El agua estaba tibia, pero salía con magnífica fuerza. Se miró el cuerpo mientras se enjabonaba. Tenía razón su tía, claro que debía

ganarse más libras, tal vez haciendo ejercicios. Se enjabonó dos veces y para resistir un deseo turbio boxeo furiosamente dos o tres minutos con la sombra (p. 92).

En la primera edición, Silvano parece perseguido por el recuerdo de la muerte de su tía Pacífica, de la cual se siente culpable porque no la atendió por estar iniciándose sexualmente con la criada Mireya. En la segunda edición, el encuentro de Silvano con ésta y sus consecuencias son mucho más explícitas: «Siempre conservó Silvano un regusto de ceniza de su primera experiencia amorosa» (p. 84). No obstante, ese recuerdo no parece afectarlo tanto en la edición de 1968. Durante el paseo por el muelle, con su prima Diana, Silvano le propone que se escape con él a México y trata de abrazarla. Más adelante, cuando los dos jóvenes van a la playa en bicicleta, dialogan más y Silvano habla de un modo más atrevido:

—Y si se te moja se te pega al cuerpo y como es de organdí te verías toda transparente.

Ella calla. El siente que el deseo es doloroso.

—Toda transparente —repite, y luego, venciendo el rubor—: te verías como si estuvieras desnuda.

Ella calla. Y él insiste sintiéndose implacable:

—Qué linda te debés ver sin ropa (p. 233).

Aunque en las dos ediciones llega a consumarse el acto sexual, hay, por lo menos, dos cambios significativos. En la primera edición se da mayor importancia a su efecto liberador para Silvano, relevándolo del recuerdo de la muerte de la tía Pacífica: «Y eso fue lo último que se dijeron. Desde ahora quedaría por fin la tía Pacífica sola con las voces de la tierra» (p. 291). Por otra parte, en la edición de 1968, Diana parece más enamorada de Silvano y la escena de la entrega va precedida de todo un proceso en el que ella va a la biblioteca para tratar de ponerse al nivel cultural de él. La descripción poética del acto sexual, que cierra el capítulo, se comprime en un 50 por 100 en la edición de 1968.

La menor inseguridad sexual que manifiesta Silvano en la segunda edición también se refleja en su actitud respecto a la huelga. Aunque sigue siendo un «sánguche», en las palabras de Paragüitas —«Así que usted está hecho un sanguche. De los dos lados le tienen desconfianza» (p. 222)—, Silvano se ve más «concientizado» en la segunda edición. En su primera conversación con Diana repudia la corrupción de los oficiales limonenses, y cuando Diana defiende sus sinvergüenzadas con la justificación de que «todos las hacen», Silvano le responde contrastando la situación de los negros: «—¿Así que vos crees que ese negro —le señaló

un negro que, con su esposa y los chiquillos, se paseaba alrededor de la pila— tiene la menor posibilidad de llegar hasta la oficina del Capitán de Puerto a proponerle un contrabando?» (pp. 107-108).

La conciencia social de Silvano y su mayor seguridad personal se ven aún más en la escena con los hijos de los bananeros nacionales, que están planeando la formación de una milicia secreta para pelear contra los peones huelguistas. En la primera edición, la actuación de Silvano sólo dura dos páginas. Lo abuchean, lo sacan a empujones del local y él «... corría por la larga calle asfaltada. Sentía que unas lágrimas de fuego le rebosaban en el corazón. Una amargura intensísima, un sentimiento profundo de vergüenza y de odio» (p. 139). En cambio, en la edición de 1968 su actuación dura más de cinco páginas; se opone al entrenamiento militar «con esos tres máuseres ridículos» (p. 162); sugiere que se formen grupos pequeños para hablar con los peones y averiguar «qué es lo que quieren» (p. 161); y mientras lo arrastran a la puerta del local, «dio codazos y patadas» (p. 165). Se siente derrotado y humillado, pero nada avergonzado. Reconoce que «había sido derrotado por la estupidez, la cobardía colectiva, la fuerza bruta» (p. 165). Entra en un bar y «allí pidió un ron doble y se lo bebió de un trago» (p. 165).

En la segunda edición, Silvano también se muestra más valiente frente al nicaragüense Paragüitas, el dirigente casi legendario de la huelga. En la primera edición, Silvano no puede borrar, por toda la novela, la imagen de los pies inmóviles de Paragüitas cuando el tío Héctor le disparó con la metralleta llevada por Silvano desde San José. Ese primer capítulo termina de un modo muy dramático:

Los dos zapatones no se movieron ni una sola pulgada, ni una sola línea. Cuajados en piedra quedaron como adheridos profundamente al suelo de tablas carcomidas por el comején. No podría Silvano asegurar que no hubiera gritado, que no hubiera implorado clemencia; pero sí estaba seguro de que los dos zapatones de Paragüitas se habían quedado absolutamente inmóviles.

Alrededor comenzaron a llover los cascarones de los tiros (p. 33).

En la segunda edición es un rifle que Silvano lleva a su tío; éste dispara con una pistola; y Silvano parece más obsesionado por los ojos que por los pies de Paragüitas. Además, los ojos no constituyen un motivo recurrente tan recalcado como los pies de la primera edición. En el único encuentro directo entre Silvano y Paragüitas, en la edición de 1968, Silvano se ve mucho menos tímido. En las dos ediciones, Silvano llega a la casa del negro Tom Winkelman para darle la noticia de que su hermana Azucena, que trabaja de cocinera para los Rojas, tiene lepra. Paragüitas

se asoma y luego aparece Trino, otro dirigente de la huelga. En la primera edición Paragüitas rebaja a Silvano con el diminutivo «sobrinillo» y con la alusión a la escena de la pulpería. En cambio, en la segunda edición, aunque Paragüitas todavía se refiere a Silvano con cierta ironía, está más dispuesto a aceptarlo como un prójimo individualizado:

—¿Te acordás de éste, el sobrinillo de Héctor Rojas? ¡Cómo no te vas a acordar! —(Trino luchaba contra la silueta a contraluz de Silvano)—. Este muchacho le trajo a Siquirres ese fusil ametralladora, con el que nos metieron aquel susto en la pulpería... (1950, p. 201).

—Trino, ¿vos te acordás del sobrino de don Héctor Rojas? (1968, p. 213).

En la primera edición, el narrador dice que Silvano «se sentía azorado en medio de esa gente. Entonces habló en forma apresurada, con incoherencias» (p. 202) sobre la lepra de Azucena. Al eliminarse estas palabras en la segunda edición, se mantiene el nuevo carácter menos tímido de Silvano. En la nueva edición también se prolonga más el diálogo entre Paragüitas y Silvano, sin que éste se deje amedrentar por el nica:

—¿Y qué opinión tiene?

—¿Le interesa la mía o la de mi tío? —la voz le sonó más agresiva de lo que hubiera querido (p. 213).

Sin embargo, mientras más comprometedor se vuelve el diálogo, más se da cuenta Silvano de que era un «sánguche» y vuelve a sentirse preso de la inseguridad: «Así era. Un sanguíche. Estaba en la tierra de nadie y los disparos de los dos lados le pasaban zumbando junto a los oídos. Una mierda, pero así era. La ilusión que albergó, por unos instantes, de saltarse la valla, ahora caía cenicienta, marchita. ... ¿Y ser libre, no era acaso también un espejismo? Tal vez ya estaba escrito que se iría a la finca, que sería finquero, que viviría esa vida que él no quería vivir» (p. 223).

No cabe duda de que los cambios de caracterización en las dos ediciones se ven más en el protagonista Silvano. Sin embargo, Gutiérrez también introdujo alguno que otro cambio en los demás personajes. Ya se ha señalado que Diana resulta más enamorada de Silvano y que Héctor es más flexible en su actitud hacia su sobrino y que también está más dispuesto a transigir con los peones huelguistas que la United Fruit. De Elvira, la esposa de Héctor, se agregan los datos siguientes, que ayudan a explicar su vulgaridad: «Hija de un viejo empleado de la Aduana, Elvira Soto era de extracción social más modesta que los Rojas. Toda su vida

había pasado en Limón; a la escuela no había asistido y se había casado a los quince años, después de un noviazgo vertiginoso, que dio ocasión a interminables habladurías» (p. 90). También se agregan unos datos sobre los antecedentes de Tom Winkelman y su hermana Azucena: «Cuarenta años atrás habían llegado con su padre desde Jamaica a trabajar en el ferrocarril. Entonces él tenía fuerzas suficientes para jugar un partido de baseball después de haber paleado diez horas» (p. 216). Por eso, se nos informa en la segunda edición, llaman chumecas a los negros por venir de Jamaica (p. 173).

Además de los cambios de caracterización, la segunda edición también se distingue por una variedad de cambios respecto a la huelga. Más que nada, hay mayor especificidad histórica. Compárense las dos versiones de la misma oración siguiente:

Nada parecía indicar que las peonadas estuvieran en huelga, que chisporrotearan innumerables violencias por ambas partes, que se libra-
ra una sorda guerra a muerte en aquel verde imperio maligno del ba-
nano (1950, p. 24).

Nada alrededor parecía indicar que doce mil peones de las banane-
ras estuvieran en huelga, en la huelga más importante librada nunca
en la historia de los países del Caribe contra la todo poderosa United
Fruit Co.⁴ (1968, p. 33).

En la reunión del jefe del Comité Nacional de la Huelga con el presi-
dente de la República, éste se identifica más explícitamente en la edición
de 1968. Aunque la edad, la experiencia y la personalidad del presidente
en la primera edición lo identifican como Ricardo Jiménez Oreamuno
(1932-1936), en la de 1968, el jefe de la Huelga lo llama «don Ricardo»
(p. 118).

Mientras el capítulo XVI de la primera edición se concentra en el
estado neurasténico de Silvano y la pesca del pulpo en el muelle, con
énfasis, en el motivo recurrente de los ojos, el capítulo XIV de la segunda
edición, que es el correspondiente, contiene todo eso, pero con más datos
históricos sobre la huelga y un intento de influir más directamente en
los lectores a favor de los peones:

Millares de hombres palúdicos, hambreados, andrajosos, se mueven
como sombras por las inmensidades lodosas de los bananales... Contin-

⁴ Gutiérrez parece hacer caso omiso de la huelga de 1928 en la costa norte de Colombia, huelga inmortalizada por García Márquez en *Cien años de soledad* y por varios otros autores colombianos, incluso Alvaro Cepeda Samudio en *La casa grande*.

gentes de rompehuelgas llegan traídos desde Puntarenas y Guanacaste. Piquetes de policía peinan la región en busca de los dirigentes y encarcelan a veintenas de trabajadores... un violento temporal azota toda la región... El Ministro de Gobernación fue enviado por el Presidente de la República a recorrer los campamentos... [los peones] rechazan las mejoras ofrecidas por el Ministro y confirman sus exigencias... Fracasado este recurso y ante las nuevas presiones de la compañía, el Presidente finalmente cede y recurre al uso de la fuerza. Centenares de policías invaden la zona... Centenares de trabajadores nicaragüenses son expulsados del país (pp. 258, 259, 261, 262).

Aunque en las dos ediciones Héctor Rojas se burla de la exigencia, por los peones, de suero antiofídico, recordando cómo su padre se curó él solo cuando una víbora le picó, en la de 1968 sí «estaba de acuerdo, que era injusto que la United les pagara con vales» (p. 67).

Cuando se anuncia el fin de la huelga, en la edición de 1968 se reconoce el papel decisivo del Presidente: «Cuando vio la inutilidad de la violencia, el Presidente resolvió finalmente buscar con energía una solución» (p. 315). El arreglo consta de cuatro concesiones de parte de la United Fruit Co.: «La Compañía aceptó reducir las jornadas de trabajo, subir los salarios, abandonar el pago con fichas y establecer dispensarios en la zona» (p. 315). En cambio, en la edición de 1950 sólo se mencionan las dos últimas concesiones (p. 294). La edición de 1968 también refuerza la afiliación de Paragüitas con el Partido Comunista. En las dos ediciones, terminada la huelga, hay un diálogo gracioso entre Trino y Paragüitas a base de células y cédulas, pero en la de 1968 también aparece la afiliación política de Paragüitas en la escena con Tom Winkelman. El nicaragüense critica al negro por haber llevado en motocar a Héctor Rojas y a Silvano a Limón; Tom despista a los policías pretendiendo estar borracho y tambaleándose abrazado a Paragüitas; pero en la edición de 1968 se agregan dos páginas, en las que Paragüitas trata de concientizar al negro. Lo critica por su falta de «conciencia de clase» (p. 134) y trata en vano de convencerlo de que es uno de millones de trabajadores que sufren, mientras unos pocos accionistas de Wall Street «se ganan montañas de dólares sin hacer nada, calentándose el culo en unos grandes sillones y tomando tragos» (p. 135). Tom dice que entiende, pero que no puede colaborar en la huelga: «—Sí, mí entender, pero Tom trabajar sólo en el motocar. Tom trabajar y la Compañía pagar los sábados. Y Tom querer ayudar huelga, pero no poder. Tom querer que vos gane, pero no poder hacer nada» (p. 135).

Tanto la mayor afirmación ideológica de Paragüitas como el mayor énfasis en el motivo recurrente de los ojos en vez de los pies se anticipan

con la autobiografía poética, que reemplazó en la edición de 1968 al prólogo de Mariano Latorre. Titulada «Mirando y mirando», el hablante narra, en tono nerudiano, los sucesos más importantes de su vida, desde su nacimiento hasta los viajes internacionales e intercontinentales y terminando con la visión retrospectiva nostálgica. El asesinato de Sandino lo sacó de su felicidad juvenil. Al tomar conciencia de la situación, entró en el Partido Comunista:

Y así llegó el día del descubrimiento,
un folleto chico, hojeado y mugriento:
«Recorre un fantasma el mundo» decía,
(yo miré hacia atrás por ver si venía)
y desde aquel día
voy con el fantasma seguro y contento (p. 14).

De adolescente rompió con Dios y desde entonces su único Señor es «don Pueblo», identificándose con los obreros de todo el mundo:

Y así he caminado por el ancho mundo
mirando y mirando,
un ojo entornado y el otro entornando.
Con ambos he visto a Pedro el Herrero,
a Juan Pescador y a Luis Sabanero,
a María que lava la camisa ajena
y a Pablo que labra la tierra de otro
creyéndola buena (p. 16).

Esa expresión de solidaridad con los obreros de todo el mundo bien puede explicarse por el ambiente político de 1968, en contraste con el de 1950. Mientras la primera edición se publicó en 1950, en pleno ambiente anticomunista, la de 1968 coincide con el movimiento estudiantil internacional. También podrían atribuirse al ambiente político de 1968 los cambios estructurales y estilísticos que mejoraron la novela. En general, se puede decir que en la edición de 1968 se eliminaron los elementos artificiosos, para entregar más directamente la visión de la realidad sociológica de los personajes y la realidad sociopolítica de la huelga. La primera edición está dividida en cinco partes, tituladas: «El juego y su sombra», «Los guerreros», «Rosa simple», «Madre violencia» y «Los ríos y sus muertos», y veinticuatro capítulos. En la de 1968, esos títulos están suprimidos, seguramente por parecerle al autor demasiado melodramáticos, y más o menos el mismo material de la novela está distribuido en veintiún capítulos. También gana la novela con la supresión de la fecha,

tan obviamente simbólica —el 24 de diciembre—, en que Silvano logra escaparse de Puerto Limón, independizándose de su tío para una especie de nuevo nacimiento.

Mientras en la primera edición muchos de los capítulos están estructurados a base de la técnica de contrapunto, en la de 1968 hay mayor concentración. Por ejemplo, el capítulo VI de la edición de 1968 consta de cuatro escenas, que presentan distintos aspectos de la huelga: la entrevista entre el presidente y el dirigente de la huelga; la reunión de los bananeros nacionales convocada por Mr. Maker, de la United Fruit, en su casa⁵; la muerte del hermano del dirigente Trino y su evocación de la vida sencilla en Cot, y la llegada de Paragüitas, en tren, a Limón y su encuentro con Tom Winkelman. En cambio, el capítulo VII de la primera edición consta sólo del traslado de Paragüitas a Limón y su encuentro con Tom y la muerte del hermano de Trino, intercalándose una escena en que Diana y su novio Beto Cortés presencian el bochinche callejero. La reunión de los bananeros nacionales con la United Fruit no ocurre hasta el capítulo IX, y la entrevista entre el presidente y el jefe de la huelga no ocurre hasta el capítulo XII.

El traslado de la pesadilla del circo con las dos hachas desde el comienzo del capítulo tercero (1950) hasta el capítulo noveno (1968) logra relacionarla más lógicamente con las várices de Azucena, la fascinación de Tom por el salto en bicicleta, narrado por Silvano, y el recuerdo de éste de cómo Diana le anunció que ya tenía leche en los pechos.

La edición de 1968 también supera a la de 1950 por los cambios en las proporciones de descripción, narración y diálogo. En general, hay menos descripción y más diálogo, lo que permite que los personajes cobren más vida. Por ejemplo, en la primera edición no hay más que dos páginas dedicadas al encuentro de Silvano con el chileno Tapón en el muelle (pp. 130-132), mientras que en la segunda hay más de siete (pp. 145-153) en que predomina el diálogo más salpicado de chilenismos («mamapato», «cabrito», «chuico», «un buen gallo»), y Tapón revela más antecedentes de su vida —había sido miembro de la I. W. W.— y de su personalidad.

De la misma manera, en el breve encuentro de Silvano con la mulata, por el río, la visión de 1968 cobra más vida por la intercalación de los comentarios de la mulata y por la descripción menos sensual y menos voraginesca:

⁵ ¿Proveniría el nombre de George Maker Thompson de *El papa verde*, de Miguel Angel Asturias?

Frente a los ojos de Silvano las dos recias piernas, las rodillas con hoyuelos, la enagua mojada a trechos y adherida a la carne, y el río bramando por entre sus pantorrillas, lechoso y oscuro.

Estaban tan cerca que se puso de pie.

Ella se aproximó y se le quedó mirando con una sonrisa casi tierna, casi pícaro.

Silvano tomó su valija y el paquete con el arma y comenzó a retroceder: dio vuelta a la espalda y apuró el paso. Desde lejos podía divisar el burrocar ya listo. Caminó más de prisa. Cuando volvió a mirar la mujer ya se había marchado (1950, p. 23).

Por entre las piernas de la mujer él vio el río corriendo turbulento y oscuro. Se puso de pie y quedaron frente a frente, casi tocándose. La mujer olía a cacao secándose al sol.

—¿Te enojaste por algo? —dijo ella pasándose la lengua por los labios—. Achará, tan lindo el chiquillo y tan enojón.

El recogió sus bultos y comenzó a alejarse.

—No te vayás, ¿qué apuro tenés?

Siguió lo más rápido que le daban las piernas y cuando al fin se volvió a mirar la mujer ya no estaba (1968, p. 32).

En la edición de 1968 también se ha eliminado, felizmente, alguno que otro trozo en que el narrador interrumpe la acción con comentarios medio filosóficos. Por ejemplo, cuando Diana entra en la casa, a comienzos del capítulo VIII (1950), el narrador comenta:

Diana tiene los deliciosos años en que la vida aún se desconoce a sí misma; años en que el dolor aún no proyecta sombra sino que se recorta iluminado por todos lados como la víscera en la mesa de operaciones, años en que los besos aún saben a leche y a saliva; en que la muerte debe adquirir corporeidad para poder representársela; en que una pasión es un nuevo juguete, y un cariño es un capricho, cuando más (p. 112).

Aunque casi todos los cambios hechos por Joaquín Gutiérrez, en la segunda edición, sirven para mejorar la novela, hay unos cuantos que parecen gratuitos. Por ejemplo, el nombre de la esposa de Héctor Rojas se cambia de Elvira Morales (1950) a Elvira Soto (1968). La tía Pacífica, con quien se crió Silvano, se convierte en la tía Palmira, y su criada Mirreya se transforma en Ramona. Mientras Tom les cobra cinco pesos por persona, a Héctor y a Silvano, por el viaje en motocar (1950, p. 65), Héctor no le ofrece más que dos por cada uno en la edición de 1968 (p. 77).

No obstante estos pequeños detalles, la segunda edición representa una clara superación. Si *Cien años de soledad* y las otras novelas del *boom* han opacado las novelas criollistas, la obra maestra de García Márquez ha despertado mayor interés en las otras obras colombianas que tratan la huelga de 1928, como *La casa grande*, de Alvaro Cepeda Samudio. ¿Será posible que ese interés en el tema bananero, reforzado por el interés actual en los sucesos relacionados con el gobierno sandinista de Nicaragua, atraiga más lectores a *Puerto Limón*, que, por sus méritos intrínsecos, debería figurar, si no entre las mejores novelas hispanoamericanas, sí entre aquellas de mediados del siglo, como *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas, y *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, que, sin repudiar el criollismo, lo ampliaron para dar mayor profundidad psicológica, por lo menos al protagonista?